

columnas facciosas con alguna caballería, presentándose casi sin ser vistas sobre el flanco derecho, á favor de la espesura y de la oscuridad, pues aun no habia amanecido. Componian la retaguardia el tercer batallon de Zamora y cuatro compañías del 3.º Franco, entre ellas la de cazadores que mandaba el capitan PRIM.

El ataque fué decidido y vigoroso, y la reserva habria quedado allí envuelta y destrozada, y sériamente comprometida la suerte del ejército, y á no ser por la firmeza con que las compañías de cazadores de Zamora ¹ y de francos, dirigida esta última por DON JUAN PRIM, y ambas á las órdenes del comandante Rodriguez, sostuvieron la cresta de la altura, resistiendo todo el empuje del enemigo. Esto dió lugar á que el resto de la reserva, replegándose y reuniéndose en la parte inferior, protegiese la marcha de dichas compañías, rechazase el ataque de la derecha y sostuviese el que por escalones efectuó la division del centro, que al efecto hizo avanzar el general en jefe.

Replegáronse todas las fuerzas al pueblo de San Felú de Saserra, sin que los carlistas cesáran de hostilizarlas, reuniendo las suyas en número considerable en las alturas que dominaban su flanco derecho; y conociendo el Baron que intentaban oponerse á su salida, resolvió desembarazarse del convoy, enviándolo delante con una corta escolta en direccion al pueblo de Artés; y dirigiéndose con la vanguardia y la division del centro á ocupar las alturas de la Oliva, dejó la reserva en San Felú para cubrir su marcha.

Entre tanto iba el enemigo reconcentrando sus fuerzas sobre el flanco derecho, y apenas el tercer batallon de Zamora, que cerraba la retaguardia, salió del pueblo, fué atacado y rodeado por todas partes por una gruesa columna que mandaba el cabecilla Castells, la cual introdujo la confusion en sus filas, obligándole á apoyarse en el tercero Franco, que habia tomado posicion en algunas casas. El enemigo continuó cargando sobre el batallon de Zamora, y logró que la confusion se propagase al de Rodriguez, hasta un punto que se creyó segura su derrota; pero por segunda vez se debió á PRIM la salvacion de la reserva: con media compañía se lanzó oportunamente á una pequeña altura sobre la derecha, y rompió un fuego tan vivo y sostenido contra los carlistas, que detuvo su ímpetu, dando lugar á que las demás tropas se rehiciesen en unas casas de campo inmediatas.

Aprovechando los momentos de la confusion producida por el ataque de Castells, bajó Zorrilla de las alturas con fuerzas numerosas, y se presentó á la derecha en

¹ La mandaba el capitan D. Francisco Gomez.

actitud de dividir la columna del centro liberal, que se hallaba en marcha. La situacion era crítica : la reserva, conmovida aun , no habia tenido tiempo de reorganizarse : la division del centro , escalonada á lo largo del camino, podia ser penetrada por Zorrilla, dando lugar á un desastre. Lo evitó Meer poniéndose á la cabeza del primero de Zamora, y retrocediendo con él, con la caballería y media batería de montaña en direccion á San Felú. Una valiente carga á la bayoneta , secundada por el segundo batallon del mismo cuerpo al mando de Clemente, y apoyada por el centro, puso en derrota y dispersion á los carlistas, cuyo general Urbiztondo se vió en grave riesgo de perecer al filo de los sables del regimiento de Navarra.

Zorrilla siguió á su jefe, mientras que reorganizada la retaguardia liberal, tomaba la ofensiva, cargando vigorosamente á la bayoneta sobre la brigada Castells. Allí se distinguió por su denuedo los valientes cazadores francos ; y allí PRIM, dejándose llevar del ardor bélico que le animaba , penetró entre las filas de sus enemigos , y logró asir con mano vigorosa la bandera carlista del batallon titulado *Cuarto de Cataluña*. En vano pugna el abanderado por defender su enseña : PRIM le acosa, le hostiga, le estrecha fuertemente, y al fin le rinde, arrancándole con la vida la disputada bandera. El Baron de Meer recompensó al jóven capitán, concediéndole la cruz de San Fernando de primera clase sobre el mismo campo de batalla.

Los carlistas perdieron aquel dia de 150 á 200 hombres : en la persecucion se les cogieron las cargas de municiones y las acémilas , y se presentaron veinte individuos de América, de los que habian seguido á la faccion en Gironella.

Interesando al Baron poner en salvo el convoy con los heridos y los fugitivos de Prats de Llusanés, continuó su marcha á Manresa ; y libre de su persecucion Urbiztondo, se dirigió con cuatro mil hombres y tres piezas de artillería á sitiar á Ripoll. Despues de dos dias de bloqueo, en la tarde del 21 de Julio reconoció el jefe carlista las obras de defensa, y mandó romper el fuego de cañon que , á la verdad , hacia más ruido que daño. El 23 intimó la rendicion á los sitiados, ofreciendo tratarles con las ventajosas condiciones que lo habian sido los de Berga ; pero el comandante de armas le contestó que aguardaba las órdenes del Baron de Meer. Reacio anduvo este en acudir al socorro de Ripoll ; pues tuvo tiempo de sobra para salvarle. No creia Urbiztondo en la demora de su activo adversario , y afanoso de tomar la villa, se decidió á intentar el asalto. A las doce de aquella misma noche lo dieron , en efecto , los navarros del cuerpo expedicionario ; pero recibidos con un fuego mortífero por los de dentro , fuéles forzosó retirarse , dejando tres oficiales



Accion de San Felju de Saserra.

y varios soldados muertos, y saliendo gravemente heridos otros tres de los primeros.

Los dos dias siguientes continuó jugando la artillería; pero las piezas se inutilizaron, y creciendo la impaciencia de Urbiztondo con los avisos que recibia de que el Baron de Meer se aproximaba, estrechó más el cerco y proyectó un segundo asalto. Entonces los sitiados pidieron parlamento, que inmediatamente les fué acordado, haciendo á su vista belicosos aprestos y ostentacion de poder para intimidarles á fin de apresurar la capitulacion. Firmóse esta el 26, estipulándose condiciones sumamente honrosas para el vencedor; pues solo exigió la entrega del armamento y pertrechos de guerra, permitiendo á los oficiales conservar sus espadas, equipajes y caballos, y á todos trasladarse á donde quisiesen, ó permanecer en el pueblo sin temor de ser molestados por sus opiniones.

Ignoraban los defensores de Ripoll que aquella misma noche debia llegar á Olot el Baron de Meer, para acudir en su auxilio al amanecer del dia siguiente, hora en que Urbiztondo tomó posesion de la plaza, quedando dueño de 500 fusiles, 150 correajes y cananas, 30,000 cartuchos, otros pertrechos de guerra y víveres, y gran cantidad de metales con los que hizo fundir varias piezas. No merecen, sin embargo, disculpa los que con tales elementos se rindieron, despues de haber dado pruebas de su valor. El comandante de armas, cinco oficiales, ciento cincuenta soldados y ochenta guardias nacionales, que aceptaron la capitulacion, fueron conducidos á Francia con escolta.

Demolidas las fortificaciones de Ripoll, marchó Urbiztondo á sitiar á San Juan de las Abadesas, encargando á Zorrilla y Sobrevias el difícil cometido de impedir el paso á Meer, que, hallándose tan cerca, no podia menos de acudir á socorrer la villa sitiada. Envió á sus defensores un parlamentario con proposiciones ventajosas; pero no quisieron recibirlo, y enarbolando una bandera azul en la torre de la iglesia, y otra roja en el castillete, rompieron el fuego contra los carlistas. Entonces atacaron estos vigorosamente al pueblo, aunque sin éxito; y viendo Urbiztondo que la resistencia seria tenaz y porfiada, comprendió que el resultado de su empresa dependia de vencer antes al Baron; pero en lugar de partir él mismo á su encuentro, mandó refuerzos á Zorrilla, quedándose con un solo batallon. Los sitiados, que no perdian de vista al enemigo, al observar sus movimientos, hicieron una valiente salida, llegando hasta el alojamiento del general, que por milagro no quedó en poder de los liberales.

Sucedía esto la noche del 28 de Julio. En la madrugada del 29 salió de Olot el Baron de Meer, encaminándose hácia San Juan; y al llegar al pié de Capsa-Costa, vió á los facciosos que ocupaban las alturas intentando disputarle el paso: es aquel un país quebradísimo, erizado de rocas y escarpados riscos, por entre los cuales serpentea el único camino accesible, que dominan completamente las elevadas cumbreras. Era, por consiguiente, arriesgadísimo el tránsito de las tropas, hallándose los enemigos posesionados de aquellas formidables posiciones. Sin embargo, el Baron, acostumbrado á no retroceder ante el peligro, solo vió en las dificultades que se le presentaban un estímulo para vencerlas; y dictando las órdenes oportunas á las divisiones del centro y de reserva, se puso á la cabeza de los granaderos de Oporto, mandó apoyarles á otro batallon del primero Ligero, y emprendió el ataque á paso de carga. Una tras otra fueron perdiendo sus posiciones los carlistas, que se replegaron á la más culminante, de la cual les desalojó el fuego de artillería, protegido en los flancos por el de fusilería. Dos valientes cargas á la bayoneta decidieron su derrota, que habiendo comenzado en retirada, concluyó en desordenada fuga. Una de estas cargas fué dada por el tercer batallon Franco, al mando de Rodriguez, que hallándose situado en la altura llamada *la Barreta*, descendió de ella sufriendo un horroroso fuego, para trepar á la posicion enemiga. Distinguióse PRIM, como siempre, marchando de los primeros al frente de sus cazadores, acuchillando á los rezagados y haciendo por su mano algunos prisioneros, no sin haber corrido el grave riesgo de ser muerto á traicion por dos facciosos, que ocultos entre la maleza, le dispararon sus armas á quema-ropa.

La dispersion de los carlistas fué completa, y en ella cometieron tan punibles excesos, que aun los pueblos adictos á su causa se quejaron á Urbiztondo pidiendo un ejemplar castigo ¹. El Baron siguió triunfante hasta San Juan de las Abadesas, llevando consigo unos cien prisioneros, y ochenta presentados, procedentes del regimiento de América, que servian por fuerza en las filas enemigas.

Urbiztondo se habia retirado á Ripoll, donde acabó de convencerse de que serian perdidos sus esfuerzos, mientras no lograrse organizar las desmoralizadas bandas catalanas, y hacerse obedecer de sus caudillos, más dados al robo, al saqueo y al

¹ Sobrevias fué depuesto del mando, y se le formó causa criminal por su conducta en la accion de Capsa-Costa; pues segun manifestó Zorrilla, habia dejado sacrificar un batallon, teniendo tres sin meterles en fuego. Pesaban sobre él otras muchas acusaciones, de las que habia querido librarse contentando con dinero al comandante general Royo, para lo cual pidió á Grau que le mandase quinientas onzas de oro.

exterminio, que atentos á la subordinacion y disciplina, y al honor de la causa en cuyo nombre peleaban. Resuelto á corregir tanto desórden, y creyendo contar con el apoyo de la junta carlista del Principado, marchó Urbiztondo á Berga, y puso manos á la obra que meditaba, creando algunos cuerpos escogidos que sirvieran de base para la transformacion del ejército. Pero se engañaba aquel pundonoroso jefe al presumir que sus planes serian secundados; pues eran muchos los que medraban á la sombra de los abusos, y no pocos los intolerantes que le tenian ya en mal concepto, porque no lo llevaba todo á sangre y fuego; y unos y otros, lejos de ayudarle, debian trabajar de consuno para entorpecer sus reformas y malquistarle con D. Carlos, como al fin lo consiguieron.

Dominando el elemento teocrático en la Junta de Berga, el antagonismo entre ella y el general carlista no tardó en manifestarse, tomando pié de un incidente muy singular. Para evitar rivalidades de provincialismo, formó Urbiztondo un batallon modelo de catalanes, que denominó *del General*, y á fin de evitar que se malease con el contacto de los demás, lo acuarteló en un convento de franciscanos, donde solo habia catorce frailes. Quejáronse de esto, que pareció sacrilego atentado, los fanáticos de la Junta, interponiendo la autoridad del Obispo de Mondoñedo¹: disputaron sobre el asunto el jefe militar y el prelado; y como este dijese que el mismo D. Carlos se habia resistido á convertir los órganos de las iglesias en balas, de que carecia, mientras el Papa no le autorizase á ello, acaloróse Urbiztondo, y dejándose llevar de su celo, contestó: "que el triunfo de S. M. era el triunfo de la religion; y que, por consiguiente, si él se hubiese hallado en el caso de D. Carlos, habria tomado sin autorizacion todo el metal de los templos, y hasta descalzara á Su Santidad, aunque se opusiera, si sus chinelas fueran de plomo."

El escándalo que estas palabras produjeron entre los intolerantes se deja presumir. Desde aquel dia fué considerado Urbiztondo como impío, mason y liberal, y no cesaron las intrigas para separarle del mando de Cataluña y hacerle caer en desgracia de su amo y señor; empresa nada difícil, predeminando en los consejos de D. Carlos las influencias clericales: por el pronto consiguieron truncar todos los planes del comandante general, impidiéndole continuar con éxito la campaña que tan brillantemente habia empezado.

A fines de Agosto puso Urbiztondo nuevo sitio á San Juan de las Abadesas, in-

¹ El Ilmo. Sr. D. Francisco Borricón, obispo de Mondoñedo, habia venido con la expedicion de D. Carlos á Cataluña, donde se quedó en calidad de Vicario general castrense de las fuerzas realistas del Principado.

teresándole tomar aquel punto para caer luego sobre Camprodon y Puigcerdá, y cerrar de este modo la línea de fortificaciones en que hubieran de apoyarse sus columnas; pero carecía de recursos hasta el extremo de no poder alimentar á las hambrientas tropas, y en vano reclamaba los auxilios de la Junta. El Barón de Meer acudió, entre tanto, desde el campo de Tarragona, introduciendo de paso la confusión en las huestes carlistas con sus activas y acertadas operaciones, atacó á las fuerzas de Zorrilla delante de San Juan, y las batió y dispersó completamente.

Urbiztondo, que se hallaba en Ripoll, no tuvo más recurso para salir de su apurada situación, que dar sueltas á los cabecillas para obrar cada uno por su cuenta y vivir sobre el país. Supo entonces que se conspiraba contra su vida, y la de los demás jefes llamados castellanos, excitando á los catalanes á la rebelión; con cuyo motivo dió dos alocuciones, que sirvieron para poner más de relieve las estrechas miras de la Junta ¹. Por otra parte, significábasele el soberano desagrado de D. Carlos, reprobando severamente su política humana y tolerante respecto de los pueblos vencidos, y se le exigía con apremio que hiciese regresar al Norte los expedicionarios, que eran sus mejores auxiliares. Obedeció el caudillo carlista, acompañando él mismo aquellas tropas, á últimos de Setiembre, hasta las orillas del Ebro; y cansado de luchar con los junteros de Berga, varió de plan y se trasladó á operar en la provincia de Tarragona.

II.

Para seguir el curso de los acontecimientos, que en tanto número se acumularon durante el Estío de 1837, necesitamos retroceder al punto en que dejamos á la expedición de D. Carlos, cuando con el apoyo de Cabrera pasó el Ebro. Fué aquel un período fecundo en ilusiones y desengaños, en grandes intrigas y espantosos crímenes, que debería servir de severa lección y de escarmiento á los pueblos, víctimas de la guerra y de las banderías políticas. Ilusos los carlistas, creían fácil y cercano su

¹ Remitidas á la Junta para que las mandase imprimir y circular, cumplió aquella el encargo; pero corrigiéndolas, porque en ellas «no se mentaba á Dios, ni á su adorable providencia... y quitando al mismo tiempo las palabras *derechos sagrados y sociales*, porque además de ser muy ambiguas en sí mismas (decía), se han hecho odiosas por repetirlas hasta el fastidio los periódicos revolucionarios nacionales y extranjeros, y porque, afirmados el altar y el trono, sin pretenderlo, sale arreglada la sociedad y los que se llaman sus derechos.»

trunfo ; y ya profundamente divididos en opiniones, lo estaban más sus jefes y corifeos por ambicion y sed de medro. Ilusos los liberales , creian en las palabras de Cristina, cuyos agentes minaban la disciplina del ejército, mientras seguian los ocultos tratos con el Pretendiente , y confiaban en que la nueva Constitucion bastaria para establecer la concordia y hacer á todos completamente felices. Nunca, sin embargo, se ostentó más pujante la discordia, royendo el corazon de los dos grandes partidos militantes ; y en tanto que la nacion se desangraba y empobrecia , las disensiones iban en aumento , y el disgusto y el malestar eran hábilmente explotados para promover la anarquía en uno y otro campo. El pueblo, cansado y espectante, no se sublevaba ; pero el espíritu de rebelion era agitado por la intriga entre la soldadesca miserable y hambrienta...

El ejército de D. Carlos, reforzado con las tropas de Cabrera, emprendió su marcha triunfal desde Cherta por la orilla del Ebro, y torciendo á la derecha por Ulldecona y San Mateo, siguió hasta Villarreal de la Plana, intentando sitiar á Castellon; pero encontraron aquí los carlistas seria resistencia, y desistieron de su empeño. Los nacionales de Burriana se defendieron heroicamente ; solo eran veintitres; tuvieron que rendirse , y conducidos á Cantavieja , padecieron horribles tormentos, hasta el 4 de Octubre, que fueron sacados con otros nacionales de Silla , y muertos á bayonetazos de orden de Cabrera , siendo arrojados en una sima , dentro de la cual , dos días despues , se oyeron todavía los lamentos de algunos infelices moribundos.

Continuó la expedicion por la carretera de la costa hasta Almenara , internándose desde allí por Albalate , hácia Cheste y Chiva: en estos dos pueblos se alojaron las fuerzas carlistas , que ascendian á 15,000 infantes y 1,200 caballos.

Aquí los alcanzó, el 15 de Julio, el ejército de Oráa, compuesto de las divisiones mandadas por Borso , Iriarte y Nogueras , del primer batallon de Ceuta, y siete escuadrones á las órdenes del brigadier Amor , formando un total de 10,480 infantes y 634 caballos.

Los carlistas tenían además , en el pueblo de Buñol , á dos leguas del que fué campo de batalla, 2,000 infantes y 200 caballos. A pesar de la notable inferioridad de sus fuerzas , y de estar las tropas cansadas y sin comer , el jefe liberal no vaciló un momento en atacar al enemigo , que despues de una lucha porfiada , tuvo que abandonar el campo , retirándose vencido hácia las montañas. La noche puso término á esta brillante jornada , que fué un verdadero triunfo para las armas libera-

les, y en la que todos los cuerpos se portaron con admirable bizarría. Quedaron en poder del vencedor trescientos prisioneros, y mayor habria sido la pérdida de los carlistas á ser posible perseguirlos; pero el cansancio, el hambre y la sed habian agotado la energía del soldado, despues de muchas horas de combate bajo los rayos de un sol abrasador.

El ejército expedicionario marchó á Chelva, y á los tres dias entraba en Aragon por Mazanera, no deteniéndose hasta llegar al país áspero y quebrado en que se asienta Cantavieja. Durante muchos dias descansaron de sus fatigas los carlistas, en los pueblos de aquella comarca, dividiéndose en columnas para poder vivir á costa de ellos, y para mejor esquivar la persecucion de sus contrarios. El 17 de Agosto marcharon por Aliaga á Ejulve, y el 23 se hallaban entre Villar de los Navarros y Herrera.

La division de Buerens, moviéndose segun las órdenes de Oráa por aquella parte de Aragon, habia quedado separada del ejército del Centro; y al aproximarse las fuerzas expedicionarias, marchó á situarse en Azuara, desde Cariñena donde estaba acantonada. Esperaba Buerens tener tiempo de que Oráa se le reuniese; pero fueron interceptados los pliegos que le envió, y se encontró solo y en la necesidad de combatir. Pasó el dia 24 en observacion del enemigo, y habiendo visto desde una altura cerca de Herrera algunas fuerzas carlistas que marchaban hácia Villar, creyó que huian, y mandó reconocerlas; pero el oficial encargado de esta operacion se adelantó demasiado y rompió el fuego. Hicieron alto los carlistas, y reforzados por los que habia en Noguera y en Villar de los Navarros, empezóse la accion con terrible encarnizamiento por una y otra parte. No bastó allí el valor de los jefes ni el de las tropas liberales para vencer á un enemigo muy superior en fuerzas; antes bien su arrojo les condujo á un espantoso desastre, contribuyendo á ello lo quebrado del terreno, que no conocian. Destrozados el centro y la izquierda, quedó en la derecha el brigadier Solano con dos batallones sobre una meseta, donde cargado por masas considerables, mandó formar cuadros. Siete cargas sufrieron acompañadas de un horroroso fuego de metralla, resistiendo valientes hasta las nueve de la noche, en que fueron aquellos completamente deshechos. Las pérdidas de la division, ascendieron á noventa y dos oficiales y cerca de dos mil hombres, entre muertos, heridos y prisioneros; quedando además en poder del vencedor 5,000 fusiles, 50 cajas de municiones, la artillería, las cajas de los cuerpos, botiquines y equipajes.

El brigadier Solano, que recibió tres heridas y quedó en el campo debajo *de su*

caballo, fué recojido con otros oficiales por los vencedores, y enviado á Cantavieja con los demás prisioneros. A él debemos una relacion de los horribles padecimientos sufridos por estos desgraciados bajo el poder de los infames agentes de Cabrera: infames, sí; que no merecen otra calificacion los verdugos y los asesinos, cualquiera que sea la bandera que los cobije. La crueldad inaudita con que fueron tratados los prisioneros de la tercera division del Norte, cubre de oprobio eterno á sus feroces autores, y más al recordar qué entre aquellos prisioneros habria muchos de los valientes soldados que, en el paso del Cinca, expusieron generosamente sus vidas para salvar á los carlistas que se ahogaban ¹.

¹ Hé aquí un extracto de la relacion de Solano:

«Muchos, malos y crueles, dice, han sido los padecimientos sufridos por los jefes, oficiales y soldados que, procedentes de la desgraciada accion de Herrera (llamada de Noguera por los carlistas), fueron hechos prisioneros por la division del Pre-tendiente; la mayor parte de los oficiales heridos, puesto que de noventa y dos; habia ochenta y dos con más de cuatro heridas, tanto de bala, como de sable;... pero entre el mal trato de que se deja hecho mérito, fué el más horroroso el acaecido el día 5 de Enero de 1838, cuya memoria no podrá jamás borrarse ni á los que desgraciadamente lo presenciamos, ni al pueblo de Beceite, donde ocurrió, cuyos vecinos estoy seguro no han podido arrojar de sus pechos el dolor y el quebranto que en aquel infausto día sufrieron.

«Era tal el extremo de miseria, desnudez y hambre á que se hallaba reducido el ejército de prisioneros, que *habian fallecido ya sobre catorce oficiales, y ochocientos catorce sargentos y soldados de necesidad*, y á pesar de las continuas reclamaciones oficiales dirigidas por mí, solo habia podido conseguir una pequeña porcion de patatas, tan menudas y tan malas, que casi era imposible comerlas. Los soldados estaban divididos por escuadras, y estas al mando de algunos cabos, los cuales, con el objeto de aumentar la miserable racion—cuando se daba,—reducida al número de cuatro ó seis patatas cuando más, no daban parte de la defuncion de sus compañeros. El horror llegó á su colmo, cuando dejó de recibirse la mezquina racion, pues la de pan hacia ya más de cuatro meses que no se recibia; y en esta penosa situacion, algunos de los que gemian en aquella espantosa miseria, *acudieron, para satisfacer su hambre, al repugnante y bárbaro alimento de la carne de sus difuntos compañeros.*

«En la noche del 5 al 6 de Enero, supo el comandante del depósito D. Juan Francisco Pellicer, que algunos soldados se hallaban sentados al mezquino fuego que habian logrado formar con pedazos de vigas de la destechada casa, y que se hallaban calentando algunos pucheros con agua y trozos de carne humana; y mandó á su segundo D. Manuel Gil, hombre cruel y sanguinario, á que los reconociese á la una de la madrugada del 6 de Enero. En efecto, *encontró en ellos pedazos de pies y manos, que se estaban cociendo, correspondientes á los soldados que en la tarde de aquel día habian fallecido...* Despues de apaleados completamente, y formada su cuenta junta, á la que asistió como teólogo el capellan del cuarto batallon de Aragon, sin oír los descargos de los nueve acusados, ni mis enérgicas protestas, fueron sentenciados á ser pasados por las armas, cuya pena sufrieron á las once de la mañana del 6, del modo más horroroso que se puede concebir... Fueron conducidos á un pequeño campo, que se hallaba á la mitad de la distancia entre la casa que ocupaban los oficiales y la que contenia los soldados. No pudiendo resistir en pié el castigo impuesto, por su desfallecimiento anterior y el horror de su posicion, fueron sentados en el suelo, y como si se jugase con sus cabezas, principiaron á tirarlos tiros, resultando de este juego cruel, que á las dos de la tarde aun no habian concluido de expirar. Entonces un cabo, llamado Cayetano, acompañado de un tal Valero, subteniente de granaderos... marcharon sobre aquellas víctimas, y los acabaron á golpes de bayoneta y sable, dejándolos en medio del campo durante toda la tarde á la vista de sus compañeros y de sus oficiales...

«De estas resultas pasé comunicaciones fuertes á Cabrera, quien los hizo marchar el 16 de Enero á las dos de la madrugada al pueblo de Crétar para tener una conferencia y tratar del cange de prisioneros... los cuales habian llegado á tal extre-

El general Espartero, acatando las instrucciones del Gobierno, poco acertadas en aquellas circunstancias, habia salido entre tanto de las provincias del Norte, á principios de Julio, con ocho batallones de la division de la Guardia Real y dos escuadrones; y el 17 de aquel mes llegó á Trillo, desde donde procuró ponerse en comunicacion con Buerens y Oráa. Desavenencias acaecidas á la sazón entre este general y el Conde de Luchana fueron causa de que se paralizasen las operaciones militares combinadas para caer sobre D. Carlos con los ejércitos del Norte y del Centro: perdióse un tiempo precioso, y cuando al fin los dos generales emprendieron sus movimientos convergentes, recibió Espartero en Daroca órdenes apremiantes de acudir á la defensa de Madrid.

mo de demacracion, que cangeados en la ciudad de Segorbe y trasladados al hospital militar, no pudieron sus estómagos admitir ni aun el caldo, y fallecieron la mayor parte antes de las seis horas de su entrada en aquel establecimiento...

«Los soldados que presenciaron aquel horróroso fusilamiento, se aterraron en tales términos que, valiéndose de sus manos, á falta de otros instrumentos, lograron abrir un agujero en la parte alta de la pared que miraba al campo, camino de Valderobles, y... se precipitaron por él, sin prudencia ni precaucion alguna, cayendo al campo que estaba bastante profundo... Al ruido de sus cuerpos que caian sobre las piedras y ladrillos que habian desprendido de la pared, así como al de los gemidos que daban los que, fracturados los brazos ó piernas, recibian sobre sus macerados cuerpos los de sus compañeros, llegaron los soldados de la guardia, y suponiendo que una accion bárbara y horrorosa seria meritoria á los ojos de Cabrera... asesinaron aquella madrugada—del 6 al 7 de Enero— cuantos encontraron tendidos en el campo y los que aun estaban próximos al agujero por donde creian recobrar su libertad. El número de estos desgraciados ascendió al de 32, encerrando el resto en una habitacion tan reducida, que no siendo suficiente á contener su número, se vieron precisados á ocupar, á pesar del frio de la estación, un corredor descubierto, largo y estrecho, con un balcon de madera que amenazaba ruina; la cual se verificó, puesto que á las nueve de la mañana del 7 se desplomó completamente, pereciendo en la caída veintitres soldados, y quedando otros muchos heridos. Para ocultar esta desgracia, y pretextando que era para la mayor comodidad de los prisioneros, fueron trasladados aquel mismo dia 162 soldados al convento de Benifasat, donde haciéndoles trabajar incesantemente en la obra de fortificación, *sin más alimento que las raices que encontraban*, sucumbieron la mayor parte de ellos antes de ocho dias...

«A los oficiales se les colocó en dos pisos tan pequeños y reducidos, que no cabiendo, se situaron hasta en los escalones que conducian á ellos... A las nueve de la noche se les obligaba á acostarse sin que pudieran tener conversacion alguna: cansados y fastidiados de este silencio sepulcral, ... llegaban á dormirse: á las diez se efectuaba la primera requisita, y entraba una parte de la fuerza y descansaba sobre las armas, dejándolas caer con tanta violencia, que el más dormido se estremecía, creyendo que el edificio se habia desplomado. Despues se les obligaba á levantar á todos para reconocer si los ladrillos sobre que estaban acostados se habian levantado para fugarse, puesto que caian sobre un horno de cocer pan, el cual, aunque inútil para el efecto por no haber harina ni cosa alguna que cocer, lo tenian encendido, por si alguno lograba escapar, que cayese en él y quedase abrasado. *Esta requisita se repetia de hora en hora*; de manera que no se descansaba en toda la noche...

«El tifus vino á completar el cuadro de desolacion y miseria, pues no habia medicamentos que aplicar á los que lo contraian; y aunque era incansable la vigilancia y esmero del cirujano del provincial de Avila, señor de Parejo, nada podia lograr para su salvacion.»

A pesar de tantos horrores, crueldades y miserias, segun repite por dos veces el Sr. Solano, Cabrera no pudo conseguir, ni con súplicas, ni ofertas, ni amenazas, que ingresara en sus filas uno solo de aquellos prisioneros. ¡Tal fué, exclama, la lealtad de los soldados de la tercera division del Norte!